

LAS CREENCIAS POPULARES EN MARTÍNEZ RUIZ, AZORÍN: «EN LEVANTE: NOCHE DE TORMENTA» (1900)

SYLVIE JUILLAC

Université de Pau et des Pays de l'Adour

DESCUBRÍ la existencia de este impresionante texto «En Levante: Noche de Tormenta», publicado en 1900. Se trata de la descripción de una noche de tormenta, en los alrededores del pueblo levantino de Monóvar, al principio del siglo XX. Este artículo de Martínez Ruiz, que pasó inadvertido a los investigadores durante bastante tiempo, ha sido rescatado del olvido por Christian Manso durante sus investigaciones en la *Casa-Museo Azorín* de Monóvar, que lo dio a conocer en la revista madrileña *Mundo Hispánico* (mayo de 1976, Madrid). Lo publicará otra vez Martínez Ruiz en *Diario de un enfermo* (2 de septiembre de 1899) publicado en 1901 (Azorín 387).

Por primera vez el nombre del lugar aparece claramente en la producción del monovero, *Campo de Monóvar*, justo antes de la firma del artículo por José Martínez Ruiz. Este artículo está acompañado de una fotografía a modo de ilustración. A lo escrito se junta lo visual. Más que una mera ilustración viene a fijar, sintetizar, el contenido realista de la descripción.

El texto empieza «in medias res» con las palabras del mayoral: «Ya lo había dicho al anochecer, mientras cenaban (sic) el mayoral; ya lo había dicho sentenciosamente: «Palmeres per baix, señal d'aigüa». El imperfecto *cenaban*, introduce una pausa en el relato. La mirada del pintor-escritor se focaliza, se para, en una escena generada por un cronotopo muy preciso: los alrededores de Monóvar durante una noche de tormenta. La repetición del adverbio, *ya*, que insiste en lo acatable y sentencioso de la palabra del mayoral, pone de inmediato de realce la importancia de los refranes, testigos de una sabiduría popular emitida por un personaje que suponemos de venerable edad. El hombre que vive íntimamente en contacto con la naturaleza, se acostumbra forzosamente a los caprichos de los elementos. Por la observación de los elementos naturales los campesinos se han percatado de las señales de la tormenta. Así que *El mayoral* es el vector de la sabiduría popular, de la clarividencia, incluso detenta un

poder de adivinación. El refrán en valenciano señala el carácter autóctono de la escena y revela todo el peso de una cultura ancestral transmitida oralmente. Martínez Ruiz subraya de este modo la esencia del pueblo, sus creencias. La relación de estos hombres con la naturaleza, con su tierra, se nota hasta en el lenguaje: se han acostumbrado a vivir con ella y la conocen hasta en sus detalles menores. Se puede hablar de fusión, de simbiosis, entre estas personas y su entorno. Martínez Ruiz afirma aquí de nuevo el carácter rural de sus escritos. El terruño da una identidad a estos hombres. El momento tan esperado llega, la escena está descrita con realismo y suspensión: «Señal de agua; *por Occidente asoma el nubarrón, formidable, inmenso, amenazador*». El verbo *asoma* ofrece dinamismo a la escena: el cambio de tiempo la sitúa en el presente, la actualiza; es como si el narrador quisiera que su lector presenciase su evolución. De ahí, se entiende ya todo el arte del cuentista. El aumentativo *nubarrón* pone de realce la ocupación total del espacio; el cielo hasta entonces quieto, se oscurece, invadido por la enorme masa de nubes. A nivel simbólico este nubarrón es a la vez un signo optimista y desasosegante. Optimista, pues, según las creencias populares y las profecías, mantiene las relaciones de la tierra con la esfera celeste y anuncia la llegada provechosa del agua, según Eduardo Cirlot: «...según las claves del antiguo simbolismo cristiano las nubes son asimiladas a los profetas, pues las profecías son un agua oculta de fertilización y de origen celeste». (Cirlot 327). A este lado profético y benéfico se opone cierta inquietud sugerida por su forma y su color oscuro. Así, los tres adjetivos yuxtapuestos traducen una atmósfera escalofriante y espantosa «*formidable, inmenso, amenazador*». Esta triple adjetivación en *crescendo*, subraya el lado preocupante, temible, que se desprende de las formas y de los colores de la nube. El adjetivo *formidable* traduce a la vez su tamaño desmesurado y el temor que inspira; estas dos características vuelven a aparecer amplificadas en los adjetivos siguientes, *inmenso, amenazador*. Haciendo hincapié en la visualización del fenómeno, Martínez Ruiz sorprende a su lector. Penetra en lo más hondo de la conciencia de los seres humanos enfrentados a desórdenes naturales, catastróficos. Esta escena de tormenta sigue con la desaparición de la única fuente de luz, la luna: «*Cúbrese la luna; queda el suelo en sombras temerosas*». Gracias a los contrastes de luz y sombra, el espectáculo se vuelve trágico como lo subraya el empleo del adjetivo *temerosas*. El espacio y los aldeanos están sumidos en las tinieblas; se ponen en guardia. La oscuridad crea miedo, temor, y remite también a los infiernos.

El mundo de la oscuridad alude a un lugar misterioso, cerrado, alarmante e infunde pánico en el alma de los campesinos, fortalecida por una imaginación amplificada por las creencias y convicciones populares (accidente, catástrofe,

muerte) y religiosas (infierno, apocalipsis). El mundo de la oscuridad le quita al hombre un sentido, la vista, y desencadena su imaginación: se desborda a la par que avasalla a la gente. La forma enclítica del verbo, *cúbrese*, imbuye movimiento, prosopopeya que le confiere a la escena una dimensión que si bien cobra mucho realismo toma ya una coloración fantástica. A la oscuridad de la atmósfera, estremecedora, se opone, de cierto modo, la calma y la quietud del aire: ningún movimiento, ningún ruido tampoco. Este silencio lo traducen dos sinónimos, *la calma*, *el reposo*. De nuevo las creencias populares están evocadas: esta calma es pura apariencia e insinúa las primicias de una tempestad. Todo es silencioso, la gente duerme; tan sólo algunos cantos de unos insectos vienen a perturbar esta serenidad: «en los bancales entona la menuda fauna el coro inmenso de sus cantos». De nuevo, la descripción toma un carácter de testimonio, aludiendo al modo de agricultura en bancales, única solución posible para los campesinos que sacan provecho de la tierra en estos relieves escarpados, accidentados. La vista y el oído se juntan para describir con realismo y sensibilidad este espectáculo. El cambio se percibe, se oye, se siente. El canto de los insectos, *menuda fauna*, en los bancales, se ha de contemplar como un fondo sonoro sobrecogedor, que se opone a la quietud del aire, *el coro inmenso de sus cantos*. El empleo del sustantivo *coro* deja imaginar un sonido armonioso, donde el mundo animal se asocia, comulga, con los elementos naturales en este momento de tregua. El presente de narración le da a la escena más inmediatez, más proximidad, permitiéndole al lector asistir a las sucesivas fases de esta noche de tormenta. Este coro *inmenso* no puede sino recordar el *inmenso nubarrón* del principio; repetido este adjetivo, la descripción adquiere proporciones exorbitantes, inauditas, insólitas. El autor describe, y pinta, el paisaje en una configuración que de pronto toma dimensiones sobrenaturales y deja imaginar, adivinar, el origen de una escena angustiosa, impresionante. Una serie de cuadros se van multiplicando ante los ojos del lector y espectador a la vez. El cambio del aspecto de las palmeras, y la llegada de un nubarrón, deja lugar a una calma extraordinaria perturbada al final por un fondo sonoro invasor.

Al exterior se opone el interior de las viviendas: «Dentro, *remuévese la gente; una puerta se abre, y un labriego inspecciona el cielo*». La agitación del cielo preocupa y viene a perturbar el silencio del principio. A la tranquilidad, sucede la inquietud de los campesinos que aguantan los caprichos del cielo. El prefijo *re* que traduce la reiteración, así como la enclisis *remuévese*, insisten en la agitación repentina, la prisa, la efervescencia, hasta el terror que se apoderan de los aldeanos.

Fuera, retumba la tormenta que invade el espacio. Las aliteraciones en *r* o *rr* así como el campo semántico del ruido: «*fragor, relámpagos, retumban, truenos, temblar,*» evocan la omnipresencia del estruendo que invade esta comarca. Las estridencias que, poco a poco, se han manifestado, son cada vez más insoportables y se intensifican. El estrépito sordo del trueno lejano se ha acercado y los estropicios se multiplican. Ahora la tempestad conoce su apogeo. El empleo del sustantivo *fragor*, palabra latina *fragor, oris* de significado: «*fractura, fraccionamiento luego ruido, crujido*» (Gaffiot) traduce el crescendo del fenómeno atmosférico. A esto se añade el efecto repetitivo evocado por el verbo *arrecia*; la significación de este verbo evoca también una intensidad creciente amplificada por el fenómeno del eco, «*retumban los horrisonos truenos en todo el valle*».

En las casas sigue la agitación: la gente se levanta, enciende las velas y empieza a hacer pronósticos sobre la abundancia de las precipitaciones: «*Pónense en pie los moradores todos de la hacienda; enciéndense los candiles; se hacen pronósticos para las secas tierras; se espera con impaciencia y temor la crisis del nublado*». Los dos verbos enclíticos: *pónense, enciéndese*, traducen la excitación de los campesinos enloquecidos, que tratan de hacer frente a la situación, que toma cada vez más una dimensión de conmoción cósmica. El hombre resulta impotente frente al desencadenamiento de los elementos. Todos están esperando el momento inevitable en que la tormenta va a cambiar de cara, instante a la vez deseado y temido, «*la crisis del nublado*». Martínez Ruiz pone de relieve el rasgo de la mentalidad campesina, la vieja mentalidad primitiva alimentada de antiguos fondos de religiosidad, que contempla las catástrofes naturales como un castigo divino. Los agricultores temen este momento y lo aguardan temblando, cual fieles en una iglesia. Sin embargo, aunque los campesinos impotentes esperen el final de la perturbación, es también para ellos, paradójicamente, un momento de esperanza, traducido por la palabra, *impaciencia* que se opone a la palabra *temor* por la conjunción de coordinación *y*. En el pueblo se espera la lluvia como una bendición. En la espera de las precipitaciones, impaciencia y temor se mezclan. Todo el mundo en la finca está deseando el final. De la lluvia depende la riqueza de las cosechas. Este fenómeno de grupo está expresado, y amplificado, por el adjetivo pospuesto.

La fuerza devastadora de la tormenta viene significada en las líneas siguientes: «De repente, formidable aluvión de granizo salta en las tejas, destroza la parra de la puerta, combate las maderas de las ventanas... Horrible y feroz pánico se apodera de todos: ¡*Mare de Deu, Señor!*...».

Todo el mundo está abrumado, espantado, asustado por este fenómeno. Este pánico que se apodera de los aldeanos está subrayado por los adjetivos

horrible y feroz. La coordinación de estos adjetivos pone de realce la agitación, el desconcierto violento, que provoca el pavor entre la gente. Por su sentido etimológico el adjetivo *formidable* traduce al mismo tiempo el terror de las personas, y el vigor, la intensidad de la tormenta. Los tres verbos de acción, *salta, destroza, combate*, personifican el fenómeno natural y confieren al relato una tonalidad guerrera. Todo pasa como si los elementos desencadenados se pusieran a combatir con el pueblo aterrado, enloquecido, impotente, que, para tratar de tranquilizarse implora las fuerzas divinas y aquí precisamente a la Virgen María y su infalible intercesión: *¡Mare de Deu, Señor!*... Esta cita en valenciano subraya la importancia de las creencias y el recurso a la religión entre el pueblo, en cuanto tales fenómenos repentinos e inexplicables irrumpen. El verbo, *destroza*, basta para traducir los daños provocados: las parras están destruidas; sólo resisten los postes de madera. El granizo, plaga para los agricultores, releva a la lluvia y devasta el paisaje. La espera de los campesinos, la substituye el terror; frente a la furia de los elementos sólo ven una solución: rezar. Los puntos suspensivos, utilizados dos veces, dejan imaginar daños y gritos innumerables. El empleo de la palabra *combate* figura la escena cual un conflicto entre la naturaleza y el hombre que, abatido, se acoge a la religión y las creencias populares. Según la edad cada uno reacciona de modo diferente: «Los viejos contemplan la desolación moviendo la cabeza; los mozos taciturnos; la casera arroja las trébedes en medio de la calle y clama a todos los santos». Los ancianos van a medir la importancia de los estragos: un sentimiento de injusticia y cierto fatalismo los acomete, lo que indica su cabeceo, *moviendo la cabeza*. Los jóvenes se quedan callados y consternados a la vez ante el desastre, *taciturnos*. El ama de casa, como para conjurar la suerte y obedeciendo a antiguas creencias de origen religioso, tira las trébedes en medio de la calle. La naturaleza es impenetrable. Su cosecha está devastada, *desolación*, sin que pudieran intervenir. El lector tiene la impresión de un campo de batalla arrasado después del combate. La tempestad sale victoriosa y los aldeanos observan los saqueos e imploran las fuerzas divinas para que el enemigo no vuelva.

La descripción da cuenta de cada instante, de cada cambio: al granizo devastador sigue una tregua seguida por una tromba de agua:

Y como por milagro, el tintineo de las tejas cesa; clarea el granizo; desaparece entre el turbión del agua... Serénanse los semblantes; repite convencida la vieja: ¡Mira si es veritat!; contemplan todos con regocijo el salvador diluvio.

Al igual que después del diluvio bíblico, el paisaje cambia y ofrece otro aspecto. La calma, el sosiego, poco a poco reintegran la atmósfera tras la desaparición del granizo: en la frase, este cambio se exterioriza por las subs-

tituciones; al grupo verbal *saltan en las tejas* se opone el grupo verbal *tintineo de las tejas cesa*; al sustantivo *aluvión de granizo* el grupo verbal *clarea el granizo*. El combate se acaba, «*como por milagro*» como si la Mare de Deu hubiera intervenido como mediadora con Dios a favor de la gente. De nuevo Martínez Ruiz evoca estas supersticiones primitivas y ancestrales aludiendo a las viejas mentalidades campesinas que veían en los fenómenos naturales castigos divinos que sólo podían pararse por milagro gracias a creencias y rezos implorando a la Virgen María. La expresión, *como por milagro*, pone de realce también el cambio repentino e inexplicable. El adjetivo, *salvador*, alude al alivio de los habitantes; su asociación con *diluvio* subraya a la vez el espanto de los aldeanos y el recurso a lo sagrado para librarse de tal desdicha; lo que demuestra su fe, su creencia ante lo desconocido. La exclamación *¡Mira si es veritat!* aparece como una respuesta a los rezos precedentes. Los aldeanos atribuyen la tregua a una gracia celeste como repuesta a sus rezos y a sus creencias, para alejar la mala suerte. Las asonancias en *a* y *o* reemplazan las aliteraciones en *r*; *clarea, agua cesa...* Tres verbos, tres preposiciones independientes permiten describir este milagro: el martilleo sobre las tejas desaparece, el granizo se convierte en agua antes de desaparecer por completo. A la agitación y a las preocupaciones de los pueblerinos sucede la calma y la tranquilidad que se lee en las caras, «*Serénanse los semblantes*». La exclamación de la más anciana, basta para traducir la alegría y la placidez que se apodera de ellos. Todo el mundo recobra la quietud y la serenidad, pero la lluvia que se pone a caer provoca de nuevo un momento de agitación, puesto de relieve por el adversativo *pero*: «El momento de angustia ha pasado, pero la lluvia arrecia y hay que salir a preparar los partidores e inspeccionar las regueras para que la corriente se encamine al aljibe». Después del cataclismo sucede otro periodo, el de las lluvias tan esperadas pero que ahora hay que canalizar. El empleo de los grupos verbales *inspeccionar las regueras, preparar los partidores* testimonia las actividades agrícolas habituales en aquella época.

Martínez Ruiz nos pinta aquí un a modo de cuadro costumbrista. Nos describe la realidad de un momento preciso; inmortaliza la vida íntima y cotidiana, un momento en que surgen las creencias populares, con realismo y subjetividad. La tormenta por allá de los Pirineos, del lado francés, siempre ha sido asociada a las fuerzas maléficas y devastadoras para los cultivos, fuente de vida. Se recurría antaño al cura para exorcizar esas fuerzas del mal y alejarlas. Se sacaba el Santo Sacramento de la iglesia o se organizaban procesiones de conjuro. En este texto Azorín describe con precisión y sensibilidad las creencias populares que de ambos lados del Pirineo seguían vigentes desde antiguo.

BIBLIOGRAFÍA

AZORÍN. *Diario de un enfermo. Obras Completas I*. Madrid: Aguilar, 1975.

GAFFIOT, Felix. *Dictionnaire latin-français*. París: Hachette, 2001

CIRLOT, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor, 1992.

MARTÍNEZ RUIZ, José. *En levante. Noche de Tormenta: Revista Vinícola Ilustrada*. 6 de enero de 1900. Todas las referencias textuales están tomadas de este documento.